



Violencia y Política

Desde octubre de 2019 hemos sido testigos de cómo la violencia se ha convertido en el principal motor de la política chilena. Desde el acuerdo de noviembre de 2019 hasta el retiro de la estatua del general Manuel Baquedano en el centro de Santiago, pasando por los retiros de los fondos de pensión, todas estas políticas pueden ser explicadas en último término gracias a la violencia. Desgraciadamente, la violencia funciona en Chile; se ha transformado en un método eficiente de transformación social gracias al impune actuar de los delincuentes y a la complicidad de una clase política que contribuye con estas tropelías ya sea por acción o por omisión. En esta Minuta Republicana hablaremos de uno de los peores lastres que puede padecer una democracia: la violencia política.

Los fenómenos violentos con connotación política que hoy día padecemos tienen ciertas particularidades que es preciso atender. El filósofo español Miguel Ángel Quintana Paz, señala que nos encontramos ante una “neoviolenca”, que no se limitaría a un simple levantamiento que busca superar en fuerzas el poder del rival, así como tampoco se limita a una violencia nihilista alimentada por una pulsión destructora contra el Estado:

Y bien, en este veloz recorrido histórico llegamos hasta nuestros días, abrimos los periódicos y nos encontramos con las citadas algaradas que encienden uno u otro punto de nuestro planeta. ¿Se corresponden con cualquiera de los viejos modos de lucha que hemos descrito? Claramente no con el primero: nadie puede pensar que unos cuantos encapuchados y otros tantos contenedores ardiendo puedan doblegar a todo un Estado de Derecho. Tampoco estamos, casi sonroja tener que aclararlo, ante una lucha no violenta; aunque a menudo sus abogados intenten publicitarla así, contra la evidencia del número de policías heridos que han gustado de los no-impactos de no-piedras que los no-tumultuarios no-les-han-lanzado.

Ni siquiera estamos ante un retorno de las luchas de segunda generación, en que la mera pasión destructiva sin metas se enseñorea de los sublevados. Desde Valdivia hasta La Junquera los levantamientos tienen fines políticos bien definidos (cambiar la Constitución y la economía chilena, modificar las fronteras de Europa). ¿Qué tenemos entonces? Mi propuesta es que hemos de entender estos sucesos bajo una nueva categoría: la neoviolenca.

Esta cuarta generación de violencia es quizá la más complicada de entender, no solo por ser la más reciente, sino porque recoge las enseñanzas de las otras tres (así como la segunda aprendió de los fallos de la primera y la tercera de los fallos de las otras dos). De la violencia directa del primer tipo conserva los fines políticos definidos y el deseo de doblegar al rival, sea este el Estado francés, ecuatoriano, chileno o español. Ahora bien, dado que su poder es muy inferior al de cualquiera de esos Estados, ha aprendido de la violencia de segunda generación a fingirse irracional, meramente demole-

dora, un tanto loca. Eso ayuda a que a menudo no se le preste demasiada importancia, lo cual constituye un error del rival que a ella la fortalece.

Pero el principal aprendizaje viene de la lucha inmediatamente antecesora, la no violencia. Nuestros violentos de cuarta generación se fingen no violentos. ¿Cómo pueden hacerlo, en un mundo en que las imágenes vuelan de un lado para otro, incluidas las de sus fechorías? El truco está en lo aprendido de la segunda generación de violencia: mostrarse inmensamente débiles, minúsculos, frente al poderoso Estado. Todo ello con el fin de excitar el sentimiento de empatía, de compasión frente al débil, que los humanos llevamos dentro (ya los romanos hablaban de *parcere subjectis et debellare superbos*) y que hoy, cuando se exaltan como nunca todas las minorías, se halla en su momento álgido. Así se logra que el granuja barcelonés que lanza un adoquín contra el casco de un agente sea contemplado, paradójicamente, como débil y digno de apoyo (¡algunos casi tendrían ganas de acurrucarlo!) solo porque no tiene detrás un furgón antidisturbios. Ni un Estado real ("la República no existe, idiota").

Miguel Ángel Quintana Paz,

Neoviencia: o por qué el mundo hoy arde con un nuevo tipo de violentos

La violencia política que hoy padecemos es mucho más que una exhibición de fuerza incluye además un complejo aparato propagandístico que vende a los criminales y delincuentes como si fueran víctimas de la sociedad. Por esta razón, los causantes de esta violencia no solo se limitan a los antisociales que destrozan los espacios públicos, también son responsables de esta violencia quienes venden en la esfera pública el discurso que transforma a los victimarios en víctimas.

A juicio del escritor norteamericano F. H. Buckley se necesitan cuatro condiciones para que la violencia revolucionaria logre sus objetivos: «Primero, la violencia debe convertirse en rutina, tal como todo el caos y los destrozos que los habitantes de San Francisco deben aceptar ahora como un hecho más de sus

vidas. Segundo, la violencia debe ser vista como al servicio del objetivo revolucionario de resistir a un Estado ilegítimo. Tercero, un Estado pusilánime debe mostrarse a sí mismo como falto de voluntad para suprimir esa violencia. Finalmente, un supuesto Partido revolucionario y aliado a los violentistas debe tener la suficiente credibilidad para prometer que, una vez enrielado en su objetivo, podrá aplacar la violencia y evitar que todo termine en una anarquía».

Si nos ceñimos a las cuatro condiciones de Buckley anteriormente citadas podemos ver que —salvo la concreción del cuarto requisito—, en Chile la violencia revolucionaria está cumpliendo sus objetivos. En primer lugar, ya nos acostumbramos a la violencia, vemos cómo todos los viernes los alrededores de Plaza Baquedano son destruidos por hordas de delincuentes que han arruinado la calidad de vida de miles de compatriotas bajo la atónita mirada de la clase política. En segundo lugar, son muchos los políticos y los miembros de la élite nacional los que se están aprovechando de la violencia para proponer cambios que no han sido respaldados por las urnas. En tercer lugar, la negligencia del Gobierno en este caso ha sido nefasta, como bien señaló el filósofo Álvaro Pezoa:

El Ejecutivo ha mostrado una flagrante negligencia respecto al uso legítimo de la fuerza pública para restaurar el orden y la seguridad, desconociendo con su conducta que mantener los mismos es parte esencial de sus obligaciones. Más aún, se trata del primer deber que ha de cumplir. Sin ellos no hay régimen político que sea sustentable, en especial una democracia representativa como es la chilena. El primer mandatario y su equipo lucen débiles y desorientados desde antes del ataque concertado a las estaciones del Metro de Santiago, desde cuando se inició la evasión masiva del pago del pasaje del tren metropolitano.

Álvaro Pezoa, *Abandonados a su suerte*

Como bien señala José Carlos Rodríguez, una de las cuestiones no resueltas de nuestras democracias ha sido «acabar con el prestigio de la violencia política». Para esto no solo se necesita que nuestras fuerzas de orden público sean capaces de vencer por la fuerza a todos los criminales que intentan subvertir el or-

den jurídico, sino que también necesitamos que todos los ciudadanos seamos capaces de rechazar la violencia como un método de resolución de conflictos en una democracia. La violencia actual no solo será vencida en las calles, sino que también debe ser derrotada en el foro público. Para esto tenemos que reivindicar el monopolio de la fuerza por parte del Estado.

[U]n Estado que funciona previniendo el delito y castigándolo cuando ocurre es la piedra angular de toda la vida civilizada. Si fracasa en ello, el orden social comienza a deteriorarse, dando paso a que regrese la barbarie. El crimen se extiende, la autotutela se reinstala, el miedo reemplaza a la confianza, el capital humano abandona el país, la inseguridad espanta las inversiones, el desempleo aumenta y, con todo ello, crece la frustración social, llevando a mayor violencia en un círculo vicioso que, de no ser controlado a tiempo, termina por arruinarlo todo.

Álvaro Pezoa, *Abandonados a su suerte*

El monopolio de la fuerza por parte del Estado persigue la paz social, principio fundamental de las relaciones políticas. En palabras del filósofo Javier Hervada: «La sociabilidad del hombre comporta solidaridad, amor —natural y sobrenatural— y cooperación entre los ciudadanos. Su regla es la ley, natural y positiva. Hay, pues, que rechazar los sistemas de relaciones políticas basados en la violencia y en el odio. El recurso a la violencia es siempre un fenómeno anormal (...) y crea o supone situaciones de injusticia».

La paz social no se consigue por la renuncia del Estado de su legítimo deber de usar la fuerza. «Por el contrario, en la situación real del hombre requiere de violencia, tanto en el orden interno —el de las pasiones que se resisten al dominio de la razón— como en el externo, donde las personas muy raramente son capaces de mantenerse en el respeto por lo justo si no se ejerce sobre ellas la natural presión de la sociedad bien constituida».

La paz social puede ser un bien que nos puede parecer muy abstracto, pero lo cierto es que su ausencia puede experimentarse con la falta de seguridad

en las calles y la escasa previsibilidad de las interacciones sociales por la nula observancia de las normas. Por más de 40 días hemos padecido una abrupta interrupción de nuestra paz social y aquellos que tienen el deber de custodiar la observancia de las normas por medio del monopolio de la fuerza poco y nada han hecho para volver a lo que hace muy poco tiempo considerábamos “normalidad”.

[E]l funcionamiento de una sociedad requiere de mínimas certezas que permitan a las personas desarrollar sus actividades cotidianas y planificar su futuro. Son estas certezas —desde cuestiones como acceder a un medio de transporte para movilizarse, hasta saber que no verán en riesgo su integridad por ataques contra sus lugares de trabajo o por las amenazas de vándalos que los detienen en las calles— las que hoy aparecen bajo cuestión. Así, la violencia interrumpe la posibilidad de las personas —y también de organizaciones y empresas— de hacer proyecciones, imponiéndoles la preocupación por la precariedad del presente. Ello paraliza las decisiones y el progreso, el que históricamente solo pudo ser posible una vez que el proceso civilizatorio entregó el monopolio de la fuerza al Estado.

El Mercurio, *Frente a la violencia, un primer paso*

¹Widow, Juan Antonio (1988). El hombre, animal político. Editorial Universitaria, Santiago, p. 53.

Formación Republicana

Todo republicano tiene el deber de formarse al mayor nivel posible. Si le dedicaras **1 hora de estudio al día** a este tema (leyendo una página cada 5 minutos) en 7 días podrías tener una muy buena formación en torno a este tema. Te recomendamos la lectura de los siguientes escritos:

Día 1	F. H. Buckley, <i>Los usos de la violencia revolucionaria</i>
Día 2	
Día 3	Gerardo Varela, <i>Eutanasia (Minuta Republicana n° 1)</i>
Día 4	
Día 5	Camilo Cammas, <i>¿Cómo terminar con la violencia?</i>
Día 6	José Carlos Rodríguez, <i>El prestigio de la violencia política</i>
Día 7	